

La romería de San Pedro de Montoro

Por Elisa Sancho Izquierdo

EL turista que recorra la provincia de Teruel, harto desconocida para los mismos aragoneses, quizás admire entre sus muchas bellezas naturales la que se conoce con el nombre de "Los órganos de Montoro". Una crestería formidable de ásperas rocas cortadas a pico semeja la trompetería de un órgano gigantesco, digno de interpretar las majestuosas notas de "Parsifal" en el escenario primitivo de la Naturaleza.

Pero no es la descripción del paisaje lo que interesa en estos momentos, sino simplemente localizar una de tantas viejas tradiciones aragonesas que persisten a pesar del tiempo y del ambiente materializado.

Un antiguo "dicho" de la tierra nos asegura: "Luco de Bordón, la flor de Aragón. Pitarque y Montoro, lo mejor de todo." Y aunque repitan el "dicho" con expresión irónica las gentes de los pueblos ricos y fértiles que no lejos de allí se complacen en la magnificencia de sus huertos y olivares, séanos permitido afirmarlo con intención de perfecta loa, con sinceridad de admiradores, a quienes nos hemos extasiado ante sus bellezas.

En la carretera que lleva de Ejulve a Cantavieja se deja primero, a la derecha, la desviación que lleva a Montoro. Vense después los famosos "órganos", y se pasa junto a unas fábricas de tejidos que extrañan inmensamente en aquella soledad. Después, la desviación que lleva a Pitarque, el pueblo donde nace el río Guadalope, que más allá ha de regar esos mismos huertos y olivares antes nombrados, de paso para el Ebro, que alcanza ya fuera de la provincia de Teruel, y, por último, Villarluego.

Pero si se quiere ir directamente de Pitarque a Montoro, sin el rodeo de la carretera, un camino montañoso nos llevará a través de la sierra del Maestrazgo. Y en ese camino, cerca ya de Montoro, está la ermita de San Pedro.

Avanza por el camino pedregoso que entre tomillos y romeros conduce al santuario una comitiva pintoresca que de lejos semeja reptil interminable y oscuro retorciéndose en aquellas quebradas laderas.

Cuando nos acercamos, podemos apreciar que se trata de la clásica romería que se celebra el día de San Marcos de cada año, y a la cual concurren los pueblos de Villarluego y Montoro.

A la cabeza de la procesión va el abanderado con una enorme bandera de un peso desmesurado, sobre todo cuando el viento de aquellas alturas se lleva tras sí la extensa tela que apenas puede dominar el recio palo. Detrás del abanderado van el portador de la cruz, y otros dos hombres que llevan sendos bastones de un extraordinario grosor.

Lo primero que advertimos es que tanto estos personajes como los numerosos hombres que les siguen llevan capa de paño que, en la época primaveral de fines de abril, debe abrumarles en el fatigoso recorrido, a pleno sol, sin descansos y sin sombríos parajes acogedores.

Después advertimos más: que varios, —no todos— van descalzos. Entre ellos, los que parecen ostentar cargos privilegiados, como ser llevar la bandera, la cruz y los dos bastones.

Es una caminata de doce kilómetros, aproximadamente por sendas ásperas y accidentadas, y al recordarlo no podemos menos de admirar una vez más el temple de la raza y la fe del pueblo que así saben manifestarse.

Pero como son incompletas nuestras observaciones, hemos de solicitar otros datos. El hombre de la bandera, que tal vez creíamos forzado a soportar aquel peso y fatiga suplementarios, nos cuenta que ha pagado muy caro el honor que supone, ya que es un cargo que se subasta todos los años, y en el de 1941 ha dado nada menos que doscientas veinticinco pesetas por conseguirlo. Igualmente se subastan el cargo de crucífero y los de bastoneros.

Los hombres que además de éstos caminan descalzos son los cofrades nuevos, los que acaban de entrar en la Cofradía. Los cofrades antiguos hacen el recorrido calzados; pero todos, indefectiblemente, con la pesada capa de paño, aunque el calor "ase los pájaros vivos".

La Cofradía lleva el título de San Marcos, por ser en ese día cuando celebró la fiesta, aunque el objeto de su veneración sea San Pedro. La razón de hacer la romería en esa fecha se comprende claramente por ser una sequía el hecho que le dió origen, y constituir la época de fines de abril la coyuntura, crítica, muchas veces, para la salvación de las cosechas. ¿Cuántos pueblos no presenciaron rogativas en esos días mismos?

Dé la fecha de fundación de la Cofradía nada se sabe sino que es muy antigua, y que todos los ancianos de la comarca hablan de ella como de cosa remotísima, de la que ya decían lo mismo sus abuelos. Desgraciadamente, la revolución marxista ha dejado reducidas en todos estos pueblos las venerables tradiciones antiguas al testimonio oral, siempre vago, pues han desaparecido totalmente los archivos parroquiales y, en muchos casos, hasta los sacerdotes que los conocían.

Sin embargo, esta tradición oral conserva y repite el origen de la Cofradía, que tiene sabor de leyenda piadosa y esa fragancia natural de las cosas primitivas y sencillas.

Cuentan en Villarluego que padecieron en cierta ocasión siete años terribles de sequía. Ni los trigales ni los pastos para los corderos y las cabras resistieron el tremendo azote, que dió lugar al hambre en la comarca.

Al cabo de los siete años, los piadosos vecinos de Villarluego decidieron acudir en peregrinación a Roma para pedir ante el sepulcro del Apóstol San Pedro el beneficio de la lluvia.

Resolvióse que saliera un peregrino por cada año de sequía, y así, reunidos los siete peregrinos, se encaminaron a Roma, a donde llegaron después de las penalidades que son de suponer en un viaje tan largo, hecho en tiempos remotos.

Una vez en la capital de la cristiandad obtuvieron el favor de ser recibidos por el Papa, y éste, aunque no dejó de reconocer el sacrificio grande que habían hecho con el viaje, les advirtió que no era necesario este remedio para su aflicción, puesto que cerca de sus casas tenían una imagen del Santo Apóstol, ante la cual podían exponer sus peticiones, seguros de que el Señor las oiría.

¿Era esa ermita desconocida hasta entonces para los moradores de Villarluego? ¿Suponía la leyenda que había surgido milagrosamente en tal ocasión? El actual relato no aclara este extremo. Sólo dice que los peregrinos volvieron de Roma, aunque no todos, pues de los siete que salieron murieron cinco en el camino de regreso, víctimas de la fatiga y de los contratiempos sufridos en su peregrinación.

Los supervivientes, antes de volver a Villarluego, quisieron visitar la ermita de San Pedro que el Santo Padre les recomendara, y, en efecto, se detuvieron un día en el término de Montoro, donde está enclavada dicha ermita.

El Santo Apóstol alcanzó la gracia de una lluvia copiosísima a los que con tanto sacrificio la habían impetrado por su intercesión, y en recuerdo de este favor se fundó en Villarluego la Cofradía de San Marcos, a la que pertenecen, también, bastantes vecinos de Montoro.

Los dos bastones que hoy día se llevan en la romería quieren recordar también los bordones de los dos peregrinos supervivientes. Por eso se subasta el privilegio de llevarlos.

Sea lo que quiera de la historia que con visos de leyenda refieren en nuestros días, lo único que puede contrastarse es la existencia de la Cofradía de San Marcos y la forma actual de realizarse la romería, en la que piden a Dios el beneficio de la lluvia por intercesión de San Pedro, o le dan gracias por haberla enviado oportunamente.

Ya la víspera del día de San Marcos acuden a Villarluego las gentes de Montoro que han de formar en la procesión. Confluyen también otras gentes de la comarca, que se suman a la romería para pasar un día en el campo. Siguen a la devota comitiva toda clase de personas que dan color y animación al severo cortejo, formando desordenados grupos a la zaga de los cofrades. Y todos juntos, después de venerar la imagen de

su santo protector (imagen que también ha sustituido modernamente a la que la guerra hizo desaparecer), regresan a Villarluego satisfechos de su cansancio y de su esfuerzo.

San Pedro de Montoro, de España. San Pedro "in Montorio", de Roma, título asignado al actual Cardenal de Toledo.

Ermita de San Pedro, a donde van los peregrinos españoles por consejo del mismo Santo Padre, recibido al visitarle en Roma, donde está la iglesia de San Pedro. ¿Hay alguna razón desconocida u olvidada para esta coincidencia? Quizá no pueda sacarse de ella sino alguna aplicación piadosa. Quede, en todo caso, para los eruditos e investigadores aclararlo. Yo me limito a brindar a los amantes de las tradiciones aragonesas ésta que he recogido, como florecilla campestre, para muestra de cómo viven y sienten, en medio de un mundo materializado y frío, las gentes de nuestro Aragón. Si el aislamiento de estos pueblos, tan pobres como pintorescos, fuera necesario para que en ellos se conservase la fe y la honradez de costumbres, yo bendeciría ese aislamiento que aparta de las rutas cómodas del turismo tantas maravillas desconocidas.